

deberían hacer para su huésped, exigían el pago de un trimestre adelantado. Por poco que se rasque en la piel de un suizo, aparece el espíritu del usurero. No bien se hubo desayunado, instalóse Rodolfo en su habitación, arreglando el equipaje que llevaba consigo para la visita á San Gotardo, y atisbó la salida de Leopoldo, quien, consecuente con su carácter formal y amigo del orden, continuaba el viaje por cuenta de Rodolfo y por la propia. Cuando, sentado sobre una roca que se destacaba de la orilla, no vió ya el barquichuelo en que se ausentaba su amigo, Rodolfo examinó discretamente la casa nueva, creyendo que volvería á ver á la dama. Pero tuvo que volver á su retiro sin que en la morada aquella se descubriese signo alguno de vida. Durante la comida que le ofrecieron los señores Stopfer, antiguos toneleros de *Neuschatel*, preguntóles cuanto deseaba saber acerca de los alrededores, y no tardó en averiguar todo lo que le convenía acerca de la desconocida, gracias á que eran unos charlatanes sus huéspedes, y á que vaciaron, sin hacerse de rogar.

Llamábase ella Fanny Lovelace. Este nombre, que se pronuncia *Loveless*, pertenece á una de las familias inglesas de más rancio abolengo; pero Richardson ha creado un tipo tan célebre, que eclipsa á todos los restantes. Miss Lovelace se había instalado al amor de aquel lago en demanda de la salud de su padre á quien los médicos prescribieron que respirase el aire del cantón de Lucerna. Estos dos ingleses, sin más servidumbre que una criatura de catorce años, muy afectada á Fanny, muda y discreta y obediente, habíanse acomodado en aquel punto, antes de empezar el invierno último, con los señores Bergmann, que en otro tiempo desempeñaron el papel de maestros jardineros del conde Borromeo en *isola Bella* y en *isola Madre*, sobre el lago Mayor. Los tales suizos poseían una renta de mil escudos, aproximadamente, y alquilaban el piso principal de la casa á los Lovelace, á razón de doscientos francos anuales y con el compromiso de habitar en este punto tres años consecutivos. El viejo Lovelace, nonagenario, muy quebrantado de salud, y pobre, ciertamente, para que pudiera permitirse el lujo

de ciertos gastos, salía de su retiro raramente; para atender á los gastos de la existencia, su hija se dedicaba á traducir libros ingleses, y aun era fama que componía ciertas obras de propio ingenio. Por este motivo, los Lovelace no osaban adquirir botes para pasearse por el lago ni contratar caballos y guías para recorrer los alrededores. Este modo de vivir lleno de privaciones excita tanto más la compasión de los suizos cuanto que pierden la oportunidad de alzarse con la ganancia que proporcionan los forasteros. La cocinera de la casa daba qué comer á los tres ingleses, contando á razón de cien francos por mes y comprendiendo en dicha cantidad todo el gasto. Pero asegurábase en Gersau que los ex jardineros se escudaban con el nombre de su cocinera para calzarse los beneficios de la compra diaria. Los Bergmann habían construído admirables jardines y un invernadero magnífico que rodeaban su habitación. Las flores, los frutales, las rarezas botánicas de aquella morada, decidieron á la miss y la escogió cuando estuvo de paso por Gersau. Poníansele diez y nueve años á miss Fanny, y siendo la última hija del anciano, suponíasele muy mimada por él. Dos meses antes la joven había alquilado un piano en Lucerna, pues sentía verdadera pasión por la música.

—Adora las flores y le deleita la música, ¿y no es casada? — pensó Rodolfo. — ¡Qué felicidad!

Al día siguiente pidió permiso el mozo para visitar los invernáculos y los jardines, que comenzaban á tener renombre en la comarca. Pero el permiso no se concedió sin ciertas dilatorias. Los antiguos jardineros contestaron que deseaban ver ¡cosa rara en ellos! el pasaporte de Rodolfo, quien lo envió en seguida; lo más extraño aun fué que no se lo devolvieron hasta el día siguiente; visitóle la cocinera, quien le manifestó tendrían mucho gusto en hacerle los honores de la casa. No fué Rodolfo á la de los Bergmann sin cierta vacilación de que sólo pueden darse cuenta los que sienten emociones muy vivas y que en un momento dado hacen tanto desgaste de pasión como ciertos hombres en toda la existencia. Vestido con esmero para agradar á los antiguos jardineros de las islas



Borromeas, pues les consideró como guardianes de su tesoro, recorrió los jardines dirigiendo miradas prudentes á la mansión; los viejos le miraban con desconfianza ostensible. No tardó en llamarle la atención la inglesita muda, en quien reconoció sagazmente á una hija de África, ó cuando menos á una siciliana. La muchacha tenía el tinte tostado de un cigarro de la Habana, ojos brillantes, ardientes, párpados de arménia con pestañas de un crecimiento antibritánico, cabellos negrísimos, y bajo la piel, casi bronceada, nervios cuya fuerza era singular y de vivacidad febril. Seguía los menores movimientos de Rodolfo dirigiéndole miradas inquisidoras con increíble descaro.

—¿De quién es esa morilla?—preguntó á la respetable señora Bergmann.

—De los ingleses — respondió el señor Bergmann.

—Pero seguramente que no ha nacido en Inglaterra.

—Tal vez se la hayan traído de las Indias—añadió la mujer.

—Tengo entendido que miss Lovelace es muy aficionada á la música, y me agradaría que durante mi permanencia en el lago, donde me retienen las prescripciones médicas, consintiese en que tocásemos juntos...

—No reciben ni quieren ver á nadie—objetó el jardinero.

Mordióse los labios Rodolfo y salió sin que le invitasen á entrar en la casa ni á pasear por el jardín que se extendía entre la fachada y la orilla del promontorio. Por esta parte, y sobre el primer piso, levantábase una galería rústica cubierta y cuyo techo ofrecía un saledizo exagerado, como se observa en la techumbre de los chalets por los cuatro lados del edificio, según la moda suiza. Rodolfo alabó la elegancia del estilo y celebró el golpe de vista que ofreciera la galería en cuestión; pero todo fué inútil. Después del último cumplimiento á los Bergmann, se encaró consigo mismo y se motejó de estúpido, cosa que pasa á todo hombre de ingenio y de imaginación engañado por el fracaso de un proyecto que ha creído de éxito seguro.

Durante la tarde paseó, naturalmente en bote, por el lago, dando vueltas y más vueltas en rededor del promontorio; corrióse hasta Brúnnen y Schwitz y regresó al anochecer. Distinguió á lo lejos la ventana abierta de par en par y muy iluminada y pudo oír la armonía del piano y la de una voz deliciosa. Mandó que parasen los remos para escuchar ávidamente una melodía italiana cantada con gusto exquisito. Cuando terminó la canturía hizo que abordase la barca y despidió á los barqueros. A riesgo de mojarse los pies, sentóse en el banco de granito socavado por las olas que se encrepaban contra las rompientes de un vallado de acacias, á lo largo del cual se extendía, dentro del jardín de los Bergmann, un paseo de tilos. Al cabo de una hora oyó ruido de pasos y rumor de voces sobre su cabeza, pero las palabras eran italianas y parecían pronunciadas por dos mujeres jóvenes. Aprovechó el momento en que ambas interlocutoras se encontraban en la extremidad del terreno, para deslizarse cautelosamente en sentido contrario. Después de media hora de esfuerzos inauditos consiguió encontrarse en el límite del paseo y pudo escoger, sin que le descubrieran, un observatorio seguro para atisbar á las dos mujeres, aun cuando se dirigieran hacia él. ¡Qué admiración la suya cuando reconoció á la muda que hablaba en italiano con miss Lovelace! Eran las once de la noche. Reinaba calma completa en el lago y misteriosa quietud en el torno de la casa; era indudable que las dos mujeres creían estar solas y seguras: en todo Gersau no podía haber más ojos despabilados que los suyos. Ocurrióle á Rodolfo que la mudez de la niña era un golpe de astucia, quizás necesario. Hablaban con tal soltura el italiano, que Rodolfo creyó que era la lengua materna de las dos mujeres y que se habían fingido inglesas por precaución.

—Se trata de italianos refugiados—imaginó,—proscriptos que, sin duda, se recatan de la policía austriaca ó de la de Sardaña. La joven aprovecha el silencio de la noche para pasearse y hablar libremente.

Echóse en el suelo y se fué deslizando como una



serpiente á lo largo del vallado, buscando un paso fácil entre dos troncos de acacia. Corriendo el peligro de rasgar sus ropas ó de salir con rasguños y arañazos en la espalda, atravesó aquella plantación, precisamente cuando Fanny y la fingida muda se hallaban en la otra extremidad del paseo; pero en el punto en que llegaron á veinte pasos sin verle, pues se ocultaba en las sombras del vallado que iluminaba entonces espléndidamente la luna, se levantó con brusco empuje.

—Nada tema usted—dijo en francés á la italiana.—No soy ningún espía. Son ustedes refugiados, bien lo adivino. Pero yo soy un francés á quien una sola mirada de esos ojos ha detenido en Gersau.

Herido Rodolfo por el dolor que le produjo un hierro desgarrándole un costado, cayó por tierra.

—*Nel lago con pietra*—dijo la terrible muda.

—¡Ah, Gina!—murmuró la italiana.

—Ha errado el golpe—dijo Rodolfo sacando de la herida una especie de verdugillo que había dado en vago resbalando por una costilla;—pero si acierta un poco más arriba, hubiera ido recta al corazón. Mía es la culpa, Francesca—añadió recordando el nombre que Gina había pronunciado repetidas veces;—no le quiero ningún mal, no la riña; la dicha de hablar á usted vale la pena de ser herido; lo único que quiero es que me diga la ruta que debo seguir, porque necesito volver prontamente á casa de Stopfer. Quede usted tranquila, que nada diré á nadie.

Repuesta de su asombro, ayudó Francesca á Rodolfo para que se levantara, y dijo algunas palabras á Gina; los ojos de la criatura se arrasaron en lágrimas. Obligaron á sentarse al mozo en un banco, y á que se quitara el frac, el chaleco, la corbata. Gina abrió la pechera de la camisa y chupó con fuerza la sangre. Francesca, que les había dejado solos, volvió á los breves momentos llevando un poco de tafetán inglés, que aplicó sobre la herida.

—Ya puede usted volver á su casa—dijo la joven.

Y las dos mujeres, cogiéndole cada una de un brazo, acompañaronle hasta un portillo cuya llave guardaba en un bolsillo del delantal Francesca.

—¿Entiende el francés Gina?—preguntó Rodolfo.

—No, pero no se agite usted hablando—repuso Francesca algo impaciente.

—Permítame usted que la mire—añadió enternecido Rodolfo.—Es fácil que pase mucho tiempo sin que pueda volver...

Apoyado en uno de los postes de la portezuela contempló á la hermosa italiana, quien dejó que la mirasen durante algunos minutos. Reinaba uno de los silencios más solemnes, y era aquella una de las más poéticas noches gozadas en aquel lago, rey de los lagos suizos. Podía afirmarse que era Francesca la italiana clásica, tal como la imaginación desea, forja ó sueña, si se quiere, á las italianas. Lo que desde luego conmovió á Rodolfo fué la elegancia y la esbeltez del talle, de líneas enérgicas, á pesar de la apariencia delicada, tan flexible era. El tinte pálido del rostro se confundía con el blancor del ámbar y atraía súbitamente á quien la miraba, sin que impidiese que los ojos negros y aterciopelados por las pestañas, subyugaran por su voluptuosidad. Permanecían en la mente del incauto francés, sosteniendo su brazo, dos manos, las manos más bellas que escultor griego hubiera unido al brazo terso de una estatua, y su nitidez resaltaba sobre el negro brillo de la ropa. Rodolfo no tuvo tiempo más que para vislumbrar una faz ovalada, en que los labios rojos, frescos, conservando una mueca triste, mostraban al entreabrirse dos sartas de perlas. Lo fuerte y hermoso en las líneas de aquella faz adorada respondía de que eran los rasgos fisonómicos casi imborrables; pero lo que á él le cautivó más que otra cosa alguna fué el negligente abandono, la sinceridad italiana de una mujer que no obedecía sino á los impulsos de su natural compasivo.

Francesca dió sus órdenes á Gina, y ésta acompañó á Rodolfo hasta casa de Stopfer, huyendo rápida como la golondrina, en cuanto llamó á la puerta.

—Estos patriotas no se andan con paños calientes—murmuró Rodolfo luego que estuvo en su lecho herido por los dolores de su enfermedad.—¡*Nel lago!* ¡Gina me echa al lago atándome una piedra al cuello, vaya!



En cuanto se hizo de día, mandó que viniese de Lucerna el cirujano más entendido, y después de reconocerle, encargó al médico que guardase el secreto más escrupuloso, dándole á entender que se trataba de un caso de honor. Leopoldo volvió de su viaje el día mismo en que su amigo pudo abandonar el lecho. Contóle Rodolfo la historia que creyó más oportuna, y le rogó que llegase hasta Lucerna en busca del correo y del equipaje. Leopoldo volvió de este encargo con la noticia más funesta y horrible: la madre de Rodolfo había muerto. La carta fatal, escrita por el padre de Leopoldo, llegó á Lucerna, mientras iban los dos camaradas desde Bale al último de dichos puntos, al día siguiente de salir para Fluelen. A pesar de las precauciones que tomó Leopoldo, Rodolfo sufrió un ataque de nervios, y cuando el notario en ciernes vió á su amigo fuera de peligro, salió para Francia con poderes de aquél; de este modo pudo continuar Rodolfo quieto en Gersau, único punto en que podía hallar lenitivo á sus pesares. Enteráronse en la población de la desgracia y de las circunstancias que hacían para él irreparable la pérdida, más que para otra persona, y ganóse las simpatías y la compasión de todo el mundo. La muda fingida visitaba todas las mañanas al francés para dar á su ama noticias de su salud.

Luego que estuvo en disposición de salir, fué á casa de los Bergmann con el objeto de demostrar su agradecimiento á miss Fanny Lovelace y á su padre por el interés y la solicitud con que se condolieron de su desgracia y de su enfermedad. Desde que se instaló en la morada de los suizos, hasta entonces, el italiano no había consentido que penetrase ningún extraño en sus habitaciones, donde se recibió á Rodolfo cordialmente, influyendo en este agasajo sus desventuras y su condición de francés, que le ponía á cubierto de toda sospecha. Estuvo Francesca tan adorable en toda la visita, que consiguió hacer penetrar un rayo de esperanza en el corazón lacerado del joven y que sus miradas hicieran brotar las rosas de la primavera en aquella alma dormida y triste. Cantó, no aires alegres, pero sí graves y sublimes

melodías en consonancia con el estado de ánimo de Rodolfo, quien agradeció tanta delicadeza. A las ocho les dejó solos el anciano, sin manifestar el más leve recelo. Cuando Francesca se cansó de cantar, acompañó á Rodolfo hacia la galería exterior, desde donde se gozaba del magnífico espectáculo que ofrecía el lago, y le invitó á sentarse junto á ella en un banco rústico.

—¿Será indiscreto preguntar cuántos años tiene usted, *cara Francesca*?—preguntó Rodolfo.

—Diez y nueve, pero bien cumplidos.

—Si algo hay en el mundo que pueda consolar mi tristeza es la esperanza de que su padre de usted me otorgue su mano, sea cual fuere el estado de fortuna en que se halle; tan hermosa es usted, que me parece más rica que pueda serlo la hija de un príncipe: hasta tal punto, que temía declarar los sentimientos que usted me ha inspirado; pero tenga por seguro que son profundos, invencibles.

—¡Zitto!—murmuró Francesca, sellando con uno de los dedos de su mano derecha la boca.—No hable usted más de ello; no soy libre; hace tres años que estoy casada.

Siguió una pausa en que el silencio fué solemne. Cuando, asustada la italiana por la actitud de Rodolfo, se acercó á él, vió que estaba desmayado.

—¡Povero!—dijo—y á mí que me parecía insensible! Fué á buscar un pomito de sales y reanimó al joven haciendo que las aspirara.

—¡Casada!—gritó Rodolfo mirando á Francesca y sin poder contener las lágrimas que fluyeron abundantes de sus ojos.

—Niño, no hay que perder la esperanza. Mi marido tiene...

—¿Ochenta años?—preguntó Rodolfo.

—No—repuso ella sonriendo;—sesenta y cinco. Se ha desfigurado el rostro, fingiéndose más viejo de lo que es, para despistar á la policía.

—Querida mía—añadió Rodolfo,—con pocas emociones así, segura era mi muerte... Ni aun después de tratarme veinte años seguidos, comprendería usted con cuán poderosa fuerza late mi corazón, y cómo



sueño con la felicidad. Esta planta no crece con tanto empuje para abrirse á los rayos del sol—continuó señalando un jazmín de Virginia que cubría la balaustrada—como mi espíritu se ha rendido á su alma, de un mes á esta parte. La amo á usted con amor absoluto, y ese amor es como la savia de mi vida, aunque es fácil que me mate.

—¡Oh, francés, francés!—exclamó la dama acompañando su frase de una graciosa mueca de incredulidad.

—¡Qué! ¿será preciso esperar, recibirla á usted de manos del tiempo? Pues sépalo—continuó gravemente,—si es usted sincera en el cumplimiento de la palabra que se le ha escapado, aguardaré siendo tan fiel á mi promesa, que no brotará otro sentimiento en mi corazón.

Contemplóle ella disimuladamente.

—Nada, no quiero que me responda usted—siguió diciendo el mozo.—Aun tengo que labrarme mi fortuna, tan elevada y espléndida como usted merece; la naturaleza la ha colocado á usted en el rango de los príncipes...

Al oír esto, Francesca no pudo disimular una sonrisa poco menos que imperceptible y que dió á su semblante no sé qué deslumbradora expresión, tan fina como la que el gran Leonardo imprimió maravillosamente á la *Joconde*. La sonrisa obligó al amante á hacer una pausa.

—Sí—continuó luego,—me parece que ha de serle á usted algo triste la estrechez á que la obliga el destierro. ¡Ah, si usted quiere que sea yo el mortal más dichoso entre los hombres, y santificar mi cariño, trátame usted como amigo. ¿No debo ser yo al propio tiempo amigo suyo? Mi pobre madre me ha legado sesenta mil francos, fruto de sus economías. Acepte usted la mitad.

Francesca le miró fijamente, y la penetrante mirada llegó hasta el alma de Rodolfo. Con grave acento le dijo:

—Nada nos hace falta, pues con mi trabajo tenemos hasta para vivir con lujo.

—Pero ¿puedo yo permitir que trabaje una Fran-

cesca? Día llegará en que regrese usted á su país, y entonces volverá usted á entrar en posesión de lo que al salir de él ha abandonado...

De nuevo fijó su vista la italiana en Rodolfo; éste á su vez dirigióle una mirada llena de delicadeza, añadiendo:

—Cuando eso ocurra, podrá usted devolverme el préstamo.

—Dejemos esta conversación—contestó ella respirando dignidad en el gesto, en la actitud.—Procure usted hacer una carrera brillantísima y figurar entre los notables de su patria, que así lo quiero yo. La ilustración es como un puente volante que puede servir para franquear todo un abismo. No estará de más que sea usted ambicioso. Creo que posee usted facultades poderosas para conseguir el triunfo; pero explótelas no tanto con ánimo de merecerme, como queriendo conseguir la dicha de la humanidad; así será usted más grande á mis ojos.

Durante la conversación, que duró dos horas, descubrió Rodolfo que Francesca era entusiasta por las ideas liberales y que alimentaba su espíritu el culto á la libertad con que se había logrado la triple revolución de Nápoles, del Piamonte y de España. Al salir, acompañóle hasta la puerta Gina. A la hora que era, las once, nadie transitaba por el pueblo, y no era de temer el incurrir en indiscreción ninguna. Rodolfo atrajo á Gina hacia uno de los ángulos y le preguntó en voz baja y chapurrando el italiano:

—Dime quiénes son tus amos, hija mía, y te daré esta pieza de oro que reluce como el sol.

—Caballero—respondió la niña apoderándose de la moneda.—El amo es el famoso librero Lamporany de Milán, uno de los jefes revolucionarios, y el conspirador que con más gusto pondría el Austria en Spielber para que estuviera á buen recaudo.

—¡Esposa de un librero! ¿Y qué más da? Mejor—pensó para sí—puesto que estamos á igual altura. Y en alta voz:—¿A qué familia pertenece, teniendo como tiene ese aire de reina?

—Todas las italianas son así—respondió orgullosamente Gina.—El nombre de su padre es Colonna.



Animado por creer de humilde condición á Francesca, Rodolfo mandó poner un tendal de popa en su barca y cojines sobre sus tablas. Cuando lo tuvo todo listo, el enamorado propuso á la joven que le acompañara á dar un paseo por el lago. Aceptó la italiana, sin duda contenta de poder desempeñar su papel de miss á los ojos de los lugareños, haciendo que la acompañase Gina. Los más leves movimientos de Francesca Colonna descubrían en su alma una educación superior al más elevado rango social. Por la manera que tuvo de sentarse la italiana en el extremo del bote, Rodolfo sintió que hasta cierto punto algo le separaba de ella, y admirando la expresión en que se descubría la verdadera altivez de un noble, la familiaridad con que tenía pensado tratarla, quedó vencida. Sólo con la mirada conquistó Francesca todos los privilegios de una princesa, que le habrían sido concedidos en la Edad Media. Parecía haber adivinado los ocultos pensamientos de aquel vasallo que tenía la audacia de constituirse en protector suyo. Antes, observando el mobiliario del salón en que Francesca le recibiera, el tocado y todo cuanto le rodeaba, hasta lo más nimio, Rodolfo sospechó que la dama había nacido en cuna dorada y que era su patrimonio uno de los más fuertes é ilustres. Esta sospecha reverdecía entonces en su memoria, y permaneció pensativo, después de quedar anonadado, si se me permite, por la actitud soberbia y digna de Francesca. Diríase que hasta la propia Gina se presentaba con una máscara burlona mirando á hurtadillas á Rodolfo, quien sospechó que se trataba de otro ardid como el de la fingida mudez de la adolescente.

—¿Adónde desea usted dirigirse, *signora Lamporany*?—preguntó el mozo.

—Hacia Lucerna—respondió Francesca en francés.

—¡Bueno—pensó Rodolfo,—no le extraña oírme pronunciar su nombre! ¡Vaya con la astuta! Seguramente adivinó que yo iba á sonsacar á Gina.

Después corrió á sentarse junto á su amada, y como hiciera ademán de cogerle una mano que Francesca retiró, preguntóle:

—¿Qué tiene usted? ¿Está usted ofendida conmigo?

La encuentro fría y grave; lo que, en culta conversación, llamaríamos *imperiosa*.

—Cierto—contestó sonriendo,—y la culpa es mía. No está bien hecho, ni es noble; en francés diría usted que acusa poco gusto. Vale más explicarse, que angustiar á un amigo con pensamientos ocultos hostiles é indiferentes, sobre todo cuando ha demostrado como usted su afecto. Acaso he sido muy ligera con usted, y es posible que me considere usted mujer vulgarísima...—Rodolfo denegaba continuamente haciendo signos con la cabeza.—Sí—continuó explicando la mujer del librero, fingiendo no ver los gestos que, ciertamente, no se le escapaban,—he notado semejante inconveniencia, y, naturalmente, procuro enmendar la falta. Pero saldré del paso con unas cuantas palabras en que le ruego vea la sinceridad de mi espíritu. Quiero que lo sepa usted, Rodolfo: me siento con fuerzas, con energía bastante para ahogar una simpatía que no se aviene con las ideas que profeso ni con lo que adivino en lo que atañe al verdadero amor. Puedo amar como sabemos querer las italianas; pero tengo clara conciencia de mis deberes y no habré vértigo capaz de hacer que los olvide. Casada, sin tener en cuenta mi consentimiento, con el pobre anciano, podría aprovecharme de la libertad que generosamente me otorga; pero considere usted que tres años de vida común suponen una sumisión absoluta á la ley conyugal. De modo que, aun sintiendo una de las pasiones más violentas, no me entregaría, ni aun con la disculpa de proceder involuntariamente, al deseo de recabar mi independencia. Emilio conoce mi carácter. Sabe que, aparte de mi corazón, que me pertenece y que puedo entregar á quien me plazca, no consentiré que otro que mi marido estreche mi mano. Esto explica por qué he rechazado el impulso de usted. Quiero ser amada; quiero que se confíe en mí sin impacencias, aguardándome fielmente desde luego, con noble deseo del espíritu, con apasionado cariño, y comprendiendo que sólo puedo dar en recompensa una ternura infinita que no romperá las cadenas en que la encierra el corazón ni los límites respetuosos y dignos. Si todo lo que acabo de hablar queda bien



comprendido... oh, entonces—añadió haciendo una mueca adorable, de niña—quiero ser coqueta, alegre, loca, como la criatura que desconoce el peligro de la familiaridad.

A esta declaración tan culta, tan ingenua, acompañaron miradas, gestos y tonos que respondían de su más profunda sencillez, de su completa sinceridad.

—No habría hablado mejor una princesa Colonna—contestó Rodolfo sonriendo.

—¿Cómo?—replicó altivamente ella.—Eso que usted dice ¿es reproche á la humildad de mi cuna? ¿Se paga su amor de blasones? Pues sepa que los nombres más ilustres, Sforza, Canova, Visconti, Trivulzio, Ursini, figuran en las muestras de las tiendas de Milán; hay muchos Archinto boticarios; y yo, á pesar de mi categoría humilde, tengo tanto orgullo como una duquesa.

—¿Burla? no, señora; he querido elogiarla á usted.

—¿Haciendo una comparación?...—preguntó con delicadeza la joven.

—Esté usted segura, señora, para que no me atormente más, si mis palabras no se ajustan fielmente á mis sentimientos, de que mi amor es imperioso, absoluto, grande, y que se sustenta apoyándose en las columnas de una obediencia y de un respeto sin límites.

Inclinó la italiana la cabeza como mujer satisfecha en su amor propio, y dijo:

—¿Luego acepta entonces mi caballero el tratado?

—Sí. Comprendo que el amor es inextinguible cuando se enciende en el organismo poderoso y espléndido de la mujer, y que, por delicadeza, quiere usted contenerlo y avasallarlo. Francesca, Francesca mía, el cariño correspondido á mi edad y con dama tan sublime, tan realmente bella como usted, ¿no es ir más allá de los sueños y aspiraciones que puede tener un alma como la mía? Amarla, como usted desea ser querida, ¿no es para un espíritu joven salvaguardia de todos los errores y locuras de la juventud? ¿No equivale á sacrificar las energías en holocausto de una pasión noble, que puede enorgullecerle más tarde, y que dora la existencia con el calor de los re-

verdos más brillantes? Si supiera usted con qué luz, con qué poesía, acaba de hermohear la cadena de Filatos, el Rhigt, y la magnífica llanura que...

—Quiero saberlo—interrumpió ella con la ingenuidad italiana, siempre confundida con no sé qué delicada astucia.

—¿Quiere usted saberlo? Pues le juro que esta hora feliz brillará en mi existencia con resplandor perdurable, como el diamante que luce en la corona de una reina, sobre su frente.

No contestó Francesca, pero alargó la mano para estrechar la de Rodolfo.

—¡Oh, querida mía, mujer que no puede ser nunca olvidada! dime: ¿no has amado jamás?

—¡Jamás!

—¿Y me permites que te adore con sin igual pureza, esperando que el cielo se apiade de mí y me conceda la dicha de poseerte?

La dama inclinó sobre el pecho dulcemente la cabeza. Por las mejillas de Rodolfo rodaron dos lágrimas ardorosas.

—¿Qué tienes?—preguntó la joven, olvidándose ya de su papel de emperatriz.

—No vive mi madre para contarle cuán dichoso soy: ha dejado esta tierra sin ver lo que hubiera dulcificado su agonía...

—¿Qué?

—Su cariño inmenso, reemplazado á la hora de su muerte por otro cariño igual.

—*Povero mio!*—dijo enternecida la italiana.

Y después de una pausa breve:

—Es muy dulce para una mujer como yo, créelo, y garantía de fidelidad sentir que no hay bien más amado que ella, y que ella lo es todo en el mundo para el hombre querido: verle solo, abandonado, sin familia, sin otro sentimiento que llene su corazón con este enamoramiento, en una palabra, de poseerle sin límites, por entero, todo... todo.

Cuando los amantes se han comprendido, el corazón respira con no sé qué sublime tranquilidad; porque todo el ser es entonces quietud, unción, poesía. Los sentimientos humanos son más vivos y



fuertes cuando están seguros de que son aplaudidos y respetados; porque es la verdad una virtud religiosa; cuando esto ocurre, está seguro el hombre de ser recompensado en su abnegación por el amor divino con que compara su amor terreno cuando todo es pureza en su corazón. La voluptuosidad en que desmayamos cuando sentimos estas emociones tiernas de la juventud, que no vuelven á adormecer nuestro espíritu, no se puede describir con palabras: es preciso sentirla, porque sólo se goza una vez en la vida. Confiar en el cariño de una mujer, convertir nuestro cariño en una especie de culto humano, en el principio y fin de nuestra existencia, en el sol que enciende nuestros más íntimos pensamientos, ¿no es vivir dos veces, renacer? Cuando esto ocurre, el joven confunde sus apasionamientos con la ternura que guarda en el pecho para la madre. Rodolfo y Francesca permanecieron largo rato silenciosos, confiando lo que sentían á las miradas dulces en que puede decirse que se enciende la luz de las ideas. Confundidos, abandonados, en la misteriosa naturaleza, midiendo la grandiosidad del espectáculo por la plenitud y la exuberancia de sus sentimientos, iban grabando en su memoria y en su corazón las pasajeras impresiones de aquella hora fugitiva. La actitud de la italiana no podía confundirse con el arte que despliega la coqueta para seducir: todo era en su conducta, noble, grandioso, sin segundas, y esta superioridad conmovió más aun de lo que estaba, á Rodolfo, quien reconoció cuán diferente era aquella mujer de la dama francesa. Las olas que jugueteaban, la tierra que se destacaba en el horizonte, el cielo espléndido y riente, la mujer querida, todo aparecía á los ojos adquiriendo gigantescas proporciones, á la vez suaves, apacibles, hasta la ventura de amar, como fondo riquísimo de aquel cuadro de indescriptibles líneas, rico en detalles, y cuyas cimas agrestes, nevadas, cuyas rígidas sinuosidades que contrastaban con lo azul, podía llamar Rodolfo como anuncio y cifra de su ventura: un paisaje espléndido rodeado de hielo.

La dulce embriaguez que sentía no era durable. Vióse que se acercaba un barquichuelo del lado

ocerna; hacía tiempo que observaba Gina atentamente sus movimientos, y á la postre mostró su júbilo con gestos que convenían á su papel de muda. Cuando el bote estuvo cerca y pudo Francesca distinguir las figuras que iban á bordo, gritó: «¡Tito!» Levantóse y permaneció erguida á riesgo de caer en el agua. Y siguió llamando, al mismo tiempo que agitaba su pañuelo: «¡Tito! ¡Tito!» Dió Tito orden á sus camareros de que bogasen en dirección á la barca de donde le llamaban, hasta que abordaron. La italiana y Tito hablaron con tanta verbosidad y en dialecto tan poco conocido de quien sólo conocía el idioma por lo que le enseñaron los libros, sin haber visitado Italia, que nada pudo coger ni adivinar Rodolfo de la conversación sostenida. La arrogante figura de Tito, la familiaridad con que le hablaba Francesca, el aire negociado de Gina, todo era para él motivo de pesadumbre. Por otra parte, cierto es que no hay enamorado que no se entristezca viéndose relegado á segundo término, por atendible que sea el motivo. Tito pasó á las manos de Gina un saquito de tela, al parecer lleno de oro, y entregó un paquete de cartas á Francesca, quien empezó á abrirlas, despidiéndose con gesto cariñoso del advenedizo.

—Pronto, á Gersau—dijo la dama á los barqueros.—No me perdonaré que tarde diez minutos Emilio en conocer la nueva.

—¿Qué sucede?—preguntó Rodolfo luego que la italiana examinó la última misiva.

—¡La libertad!—exclamó la joven con entusiasmo ferrocero.

—E *denaro*—añadió Gina como un eco que podía al fin desatar la lengua.

—Sí—continuó Francesca.—Acabó la miseria. Van once meses de trabajo, y aseguro que empezaba á fastidiarme. Decididamente, no me llama Dios por el camino de la literatura.

—¿Y quién es ese Tito?—aventuróse á inquirir Rodolfo.

—El secretario de Estado en el departamento de Hacienda de la humilde botica Colonna, en otro tiempo distinguido con el nombre de hijo de nuestro regio-



nato. ¡Pobre muchacho! No ha podido buscarnos ni por San Gotardo ni por el monte Cenis, ni por el Simplón; le ha sido forzoso aventurarse por mar, siguiendo la vía de Marsella y atravesando la Francia. En una palabra, amigo mío, dentro de tres semanas estaremos en Génova, donde podemos vivir con toda comodidad. ¡Cómo, Rodolfo!—agregó viendo que oscurecía una nube de tristeza el rostro del parisiense,—el lago de Génova ¿no será para usted tan hermoso como el lago de los Cuatro Cantones?

—Permítame usted que consagre un recuerdo triste á la inolvidable y deliciosa casa Bergmann—dijo Rodolfo señalando al promontorio.

—Comerás con nosotros hoy, para que lleves en tu alma más vivos recuerdos, *povero mio*—repuso la joven.—Día de regocijo hoy, puesto que ya no peligra nuestra tranquilidad. Mi madre asegura que antes de un año se nos concederá una amnistía. ¡Oh, la cara patria...!

Esta última frase tuvo la virtud de arrancar lágrimas á Gina, quien profirió:

—Si pasamos otro invierno aquí, me muero!

—¡Pobre cabrilla de Sicilia!—exclamó Francesca acariciando con su mano la cabeza de Gina, con tanta ternura, que Rodolfo hubiera querido que le tratasen así, aun teniendo que sacrificar algo de su amor.

El bote llegó á la orilla, y Rodolfo saltó á tierra, tendió la mano á la italiana, la acompañó hasta la puerta de casa Bergmann y fué á la suya para vestirse con el propósito de volver al lado de su amante lo más pronto posible.

Cuando volvió y halló sentados en la galería exterior al librero y á su mujer, apenas si pudo disimular su sorpresa notando el cambio que las felices noticias del suelo natal había producido en los rasgos fisiológicos del nonagenario, quien se le presentaba como hombre que frisaría en los sesenta años, muy bien conservado: era, en efecto, un italiano seco, apergaminado, derecho como una i, los cabellos negros todavía, aunque no abundantes, que dejaban al descubierto un cráneo limpio; tenía los ojos vivos

la dentadura completa, blanca, rostro de César, y animaba sus labios una sonrisa casi sardónica, sonrisa falsa ó poco menos, con que el hombre de mundo vela sus verdaderos sentimientos.

—Aquí tiene usted á mi marido tal como es—dijo gravemente Francesca.

—Cierto; puede decirse que le conozco de nuevo—repuso Rodolfo aturdido.

—En absoluto—contestó el librero.—He representado mi comedia, y no hay duda que sé desfigurarme como un cómico. Nada, como que he representado en la época del imperio y en París con Bourienne, con la señora Murat, la de Abrantés, *e tutti quanti*... Todo lo que se ha aprendido en la juventud, hasta lo más fútil, llega un día en que sirve. En cambio, si mi mujer no hubiera sido educada varonilmente, me hubiera visto precisado, para vivir en este pueblo, á hacerme leñador. ¡Povera Francesca! ¿quién me habría dicho que ella trabajaría para mantenerme?

Oyendo hablar al librero, que parecía tan satisfecho, tan afable y tan arrogante y vigoroso, Rodolfo temió que no se tratase de un engaño más, y permaneció silencioso, á la expectativa, como hombre cauto.

—*Che avete, signor?* ¿Acaso le entristece á usted nuestra felicidad?

—Su marido de usted es muy joven aun—soltó él á su oído.

Soltó la dama una carcajada tan franca y expansiva, que Rodolfo quedó más desconcertado que nunca.

—No puede ofrecer á usted más que la friolera de sesenta y cinco años, pero le aseguro que algo es algo, y que... se puede confiar en su salud.

—No me gusta verla á usted tomar á broma un amor tan santo como el que ha sometido usted á prueba.

—*Zitto!*—añadió Francesca dando una patada de impaciencia y observando si su esposo escuchaba.—No turbe usted nunca la tranquilidad de ese hombre, cándido como un niño, y á quien manejo como me place. Está bajo mi amparo y protección. ¡Si supiera usted con cuánta nobleza ha comprometido su vida y



su fortuna porque yo era liberal! ¡Y no comulga con mis opiniones políticas! ¿Es ó no es eso amar, señor francés? Pero ¿qué extraño, si así son todos los individuos de su familia? El hermano menor fué burlado por la mujer que amaba y que le suplantó entregándose á un lindo joven. El hermano de Emilio se suicidó atravesándose con un puñal el pecho, y diez minutos antes dijo á su ayuda de cámara: «Mataría á mi rival; pero esto causaría honda pena á *la diva*».

Esta mezcla de seriedad y de burla, de elevación de alma y de manifestaciones pueriles, daba singulares atractivos á Francesca, convirtiéndola en la criatura más adorable del mundo. Reinó durante la comida, y en el resto de la tarde, un buen humor que casaba muy bien en los dos refugiados, por la fortuna de haber alcanzado su libertad, pero que entristecía á Rodolfo.

—¿Será inconstante?—se preguntaba de regreso á la casa de Stopfer.—He visto que participaba de mi dolor, pero no puedo conformarme con su alegría.

Echóse en cara sus pensamientos y disculpó á la joven.

—No es hipócrita, y se muestra conforme á los impulsos de su ánimo. No hay más sino que yo querría que se pareciera á la parisiense.

Durante veinte días continuó Rodolfo visitando asiduamente la casa Bergmann, y estudiando á Francesca sin propósito deliberado de hacerlo. Hay almas que no saben admirar sin poner en juego toda la perspicacia de que son susceptibles. El francés descubrió en su adorada á la niña imprudente, de naturaleza ruda, primitiva, propia de la mujer que no se ha entregado aún y que ahora lucha contra su propio amor y otras veces se abandona voluntariosa á los arrebatos del cariño. El anciano la trataba como trata un padre á la hija, y Francesca le prodigaba señaladas muestras de gratitud, profundamente sentida, que despertaba en su espíritu las más dulces delicadezas. Semejante situación se ofrecía á la inteligencia de Rodolfo como un enigma impenetrable que se afanaba por descubrir.

Gozáronse en estos últimos días de fiestas íntimas,

no sin que las turbaran continuas melancolías y abundasen los gestos de protesta y las disputas mil veces más encantadoras que la misma expansión en los momentos en que Francesca y Rodolfo sentían al unísono. En una palabra, veíase de segundo en segundo más atado, vencido por aquella ternura ideal, parecida en todo á la índole de la rara mujer, por aquel enamoramiento celoso de un fantasma... ¡ya!

—¿Le gusta á usted el lujo?—preguntó una tarde á Francesca, porque manifestaba deseos de salir de Gersau, en que echaba de menos muchas comodidades.

—¿Eh? Me agrada el lujo, como me gustan las artes, como me entusiasma un cuadro de Rafael, como admiro un buen caballo, y me deleita un hermoso día, y me alegra la bahía de Nápoles. ¿Me he quejado, Emilio, en las horas más tristes de nuestra estrechez?

—No hubieras sido entonces quien eres—respondió gravemente el librero.

—Después de todo, ¿no es natural que los que se hallan en mediana posición, aspiren á la grandeza?—añadió la joven, dirigiendo una mirada maliciosa á Rodolfo y á su marido.—Mis pies—y mostraba dos pies pequeños, encantadores—¿se han hecho para la fatiga? Mis manos...—y tendió una á Rodolfo—¿se han hecho para trabajar? Déjanos—concluyó dirigiéndose á su marido,—quiero hablarle.

El anciano se dirigió al salón, dando pruebas de sublime bondad; estaba seguro de la firmeza de su mujer.

—No quiero que nos acompañe usted á Génova. Génova es un pueblo de chismosos. Y aunque sé hacerme superior á las frivolidades de las gentes, no quiero que ande en lenguas mi fama, no por mí, sino por *él*. Tengo orgullo en ser la gloria de ese anciano, quien después de todo es mi único protector. Nos marchamos, y espero que siga usted aquí durante algunos días más. Cuando venga usted á Génova, visite usted primeramente á mi marido, y deje que él le presente á mí. Guardemos oculto á los ojos de la sociedad nuestro profundo é inalterable cariño. Yo le amo, bien lo sabe usted, y voy á decirle de qué modo he de probar



mi constancia; nunca descubrirá usted en mi conducta, cualquiera que fuere, el más leve motivo para estar celoso.

Le atrajo á un rincón de la galería, cogió su cabeza, le besó en la frente y se escapó, dejándole estupefacto, atónico.

Supo al día siguiente Rodolfo que los huéspedes de los Bergmann habían partido al amanecer. La vida le pareció desde entonces insoportable en Gersau, y se dirigió á Vevay por el camino más largo, emprendiendo el viaje mucho antes de lo que debiera; pero atraído por el lago donde le esperaba la hermosa italiana, llegó á Ginebra hacia fines de octubre. Huyendo de los inconvenientes que para él ofrecía la ciudad, fué á hospedarse en una casa que se levantaba en Aguas Vivas, fuera de murallas.

Ya instalado, lo primero que hizo fué enterarse de su patrón, un antiguo joyero, si por ventura no se habían establecido de poco á aquella parte en Ginebra, unos refugiados italianos, unos milaneses.

—No, al menos que yo sepa—le respondió el interpelado.—El príncipe y la princesa Colonna de Roma han adquirido, contratándola por tres años, la quinta del señor Jeanrenaud, que es una de las más bellas del lago. Está situada entre la villa Diodati y la casa del señor Lafin-de-Dieu, que acaba de alquilar la vizcondesa de Beauseant. El príncipe Colonna se ha resuelto á venir por su hija y por su yerno el príncipe Gaudolphini, un napolitano, ó mejor, un siciliano, parcial del rey Murat y vencido en la última revolución. Esa es la gente que ha entrado hace poco en Ginebra, y no se trata de milaneses, por tanto. Ha sido preciso poner en juego grandes recursos diplomáticos y toda la protección que el papa concede á la familia Colonna, para obtener el que les dejasen vivir en este punto las potencias extranjeras y el rey de Nápoles. Ginebra no quiere disgustar á la Santa Alianza, á quien debe la independencia de que goza. Nuestro papel no consiste en apedrear á las cortes extranjeras. Hay muchos extranjeros entre nosotros: rusos é ingleses.

—Y también genoveses.

—Sí, señor. ¡Es tan bello nuestro lago! Lord Byron vivió hace próximamente siete años en la villa Diodati, que todo el mundo visita ahora como á Coppet, como á Ferney.

—¿No podría usted averiguar si ha entrado en la ciudad, hace una semana, cierto librero de Milán, que viaja con su mujer, un tal Lamporani, que figuró entre los jefes de la última revolución?

—Puedo saberlo dirigiéndome al círculo de los extranjeros.

El primer paseo de Rodolfo fué, naturalmente, camino de la villa Diodati, residencia que había sido de Lord Byron, y á que la muerte reciente del gran poeta prestaba mayor interés: ¿no consagra la muerte al genio? La ruta que desde Aguas Vivas bordea el lago de Ginebra es, como todas las de Suiza, de paso estrecho; en ciertos puntos, merced á la disposición del terreno montañoso, apenas si queda espacio para que se crucen dos carruajes. A poca distancia de la casa de Jeanrenaud, junto á la cual llegó Rodolfo sin saberlo, oyó á sus espaldas el ruido de un coche; y hallándose en una especie de desfiladero, trepó á lo alto de una roca para dejar el paso libre. Naturalmente vió adelantarse á una magnífica carretela tirada por dos hermosos caballos ingleses. Quedó deslumbrado, absorto, reconociendo á Francesca que iba en el carruaje, soberanamente vestida, y al lado de otra dama vieja, pesada como un camafeo. Un lacayo, cuya librea dorada resplandecía como el sol, iba de pie, detrás. Francesca se fijó en Rodolfo y sonrió viéndole firme como una estatua en su pedestal. El coche, que el enamorado siguió con la vista, dominando el terreno desde su balaya, dió un rodeo para meterse por la puerta de una gran casa de campo. El mozo se dirigió presurosamente hacia allí.

—¿Quién vive en este palacio?—preguntó al jardinero.

—El príncipe y la princesa Colonna, junto con el príncipe y la princesa Gaudolphini.

—¿No son las mismas las que acaban de entrar?

—Sí, señor.

El velo que cubría los ojos de Rodolfo cayó enton-



ces y vió claro todo lo que le había acontecido antes —¡Con tal—murmuró el infeliz, abatido—que sea su último engaño!

Temblaba pensando si habría sido juguete de un capricho, pues sabía de oídas lo que es un *capriccio* para una italiana. ¡Pero qué torpeza, á los ojos de una mujer, no era la suya! ¡Confundir con una dama vulgar á una princesa, hija de príncipes! ¡Tomar por mujer de un librero á la hija de una de las más ilustres familias, cuyo abolengo se perdía en la edad media. La certidumbre de su error aumentó el deseo de saber si sería rechazado, desconocido. Preguntó por el príncipe Gaudolphini y le hizo pasar una tarjeta; recibiósele en seguida, y el falso Lamporani le dispensó una acogida afable, verdaderamente napolitana, y le hizo pasear á lo largo de una terraza, desde donde se veía Ginebra, el Jura y sus colinas repletas de *villas*, y además las orillas del lago en casi toda su extensión.

—Mi mujer, como puede usted observar, continúa fiel á los lagos—añadió después de explicar el paisaje á su huésped.—Tenemos esta noche algo así como un concierto — concluyó, dirigiéndose hacia la notable casa Jeanrenaud,—y espero que nos favorezca, á la princesa y á mí, con su visita. Dos meses de miseria compartidos representan muy bien dos años de inquebrantable afecto y devoción.

No se atrevió Rodolfo á manifestar deseos de ver á la princesa, aunque sintiera la curiosidad más viva; regresó á su hospedaje, pensativo, deseoso de que corriese el tiempo para asistir á la velada, y puede decirse que la llama del amor, que ya era intensa é indómita, tenía proporciones de incendio, tanto combustible habían echado en ella las emociones y los acontecimientos. Comprendía entonces que le era preciso elevarse, conquistar un nombre ilustre para no ser, socialmente hablando, inferior al rango de su ídolo. La humildad, la sencillez con que se le ofreció Francesca en Gersau, hacíanla aparecer mucho más grande á sus ojos. El aire altivo y sin afectación de la dama encogía un poco el ánimo de Rodolfo; presentía también que el padre y la madre de la princesa Co-

lonna habían de recibirle como enemigos, y en la discreción que encarecidamente le recomendó su amante, dió adorable prueba de ternura. ¿No era declarar que amaba á Rodolfo aquel deseo de no comprometer el porvenir?

Cuando dieron las nueve de la noche, subió á un carruaje y dijo, con la emoción consiguiente, al cochero:

—¡Palacio Jeanrenaud, casa del príncipe Gaudolphini!

Al entrar en el salón, atestado de personajes distinguidos, tuvo que permanecer formando grupo junto á la puerta, porque en aquel instante se cantaba un dúo de Rossini.

Fácil le fué devorar con sus miradas á Francesca, pero sin que ella le viese. Estaba la princesa de pie, á dos pasos del piano. Sus hermosos cabellos, abundantes y largos, teníanlos recogidos un aro de oro. Embellecía su rostro, iluminado por las bujías, la blanca especial de las italianas que adquiere todo su esplendor cuando refleja en ellas la luz. Su precioso tocado de baile permitíale mostrar unos hombros seductores, un talle de doncella y unos brazos de estatua antigua. No admitía rival su belleza sublime, de diosa, aunque abundaran allí inglesas y rusas encantadoras, mujeres lindísimas de Ginebra, y muchas italianas entre las cuales sobresalían la ilustre princesa de Varese y la famosa cantante Tinti. Apoyado en el dintel de la puerta, contempló Rodolfo á la princesa, con la mirada fija, persistente, sugestiva, en que se concentra toda la humana voluntad bajo la forma de ese sentimiento llamado *deseo*, y que reviste caracteres de un dominio imperioso. ¿Hirió el fuego de aquella mirada á Francesca? ¿Pensaba la joven de un momento á otro á Rodolfo? Ello es que al cabo de breves minutos, dirigió sus ojos hacia la puerta, como sintiéndose atraída por una corriente de amor, y sin vacilar, los anegó en los ojos de su amigo. Un suave estremecimiento turbó aquel rostro graciosísimo y conmovió aquel cuerpo tan hermoso. El alma vencía. Francesca se ruborizó y á Rodolfo parecióle sentir pasar toda una existencia en aquel



cambio tan rápido de promesas, comparable al brillo del relámpago. Pero ¿por qué empeñarse en pintar su ventura?... ¡Era amado! La divina princesa cumplía, á los ojos del mundo, en el hermoso palacio Jeanrenaud, la palabra que diera la pobre desterrada, la caprichosa de la casa Bergmann. La embriaguez de un momento así nos ata como esclavos por toda una eternidad. En los labios de la princesa Gaudolphini jugueteó una sonrisa fina, á la vez elegante y burlona, mezcla de candidez y de orgullo por la victoria alcanzada; luego, cuando creyó que no la observaba nadie, miró á Rodolfo de manera que parecía pedirle perdón por haberle engañado en lo tocante á su esfera social. Rodolfo hizo los cumplidos propios de una presentación oficiosa á la princesa, al príncipe Colonna y á Francesca. Después tuvo la princesa que desempeñar su parte en el célebre cuarteto de *Mi manca la voce*, con la Tinti, el renombrado tenor Genovese y un príncipe italiano que se hallaba entonces en el destierro, y por cuya voz, si no fuera príncipe, habría merecido que le declarasen príncipe del Arte.

—Siéntese usted aquí—dijo á Rodolfo Francesca, señalándole su propia silla.—¡Oh mi amado! Se me figura que hay un simple error de nombre; pues soy, desde hace un momento, princesa Rodolphini.

Y fué esto dicho con tanta gracia, con tal encanto y tan sentida ingenuidad, que recordaron en esta confesión disfrazada con el alegre ropaje de un chiste, los días hermosos de Gersau. Sintió Rodolfo la sensación deliciosa de oír la voz de una mujer adorada, hallándose tan cerca de su cuerpo, que casi rozaban sus mejillas la tela de su ropa y la gasa de su banda. No es extraño, pues, que rendido de emoción, oyendo cantar *Mi manca la voce* y por un cuarteto que armonizaban las voces más tiernas y dulces de Italia, humedecieran algunas lágrimas los ojos de aquel hombre feliz.

En amor, como en todo, sin duda, ocurren ciertos hechos, insignificantes al parecer, pero que son como resumen de mil circunstancias anteriores y adquieren proporciones gigantescas, por encarnar el pasado y hallarse íntimamente unidas á lo porvenir. Se ha

apreciado mil veces en su justo valor á la persona querida; pero una nonada, una palabra que hace sentir al unísono á dos almas durante el paseo, compenetrándolas, una prueba de cariño no prevista, exalta el entusiasmo hasta su límite. Finalmente, y para explicar este hecho moral haciendo uso de una imagen que desde los tiempos primitivos se emplea con éxito seguro, añadamos que existen en una larga cadena puntos de contacto inevitable, en los cuales la cohesión es más fuerte que en sus cordones de anillos. El reconocimiento que ratificaba las promesas de los dos amantes á los ojos de la sociedad, constituyó para ellos uno de esos puntos de la vida que sirven de unión entre lo pasado y lo porvenir y que hacen indisolubles los lazos de afecto y simpatía en el alma. Quizás se trata de esos tornillos dispersos que Bossuet citaba recordando la rareza de los instantes de dicha que se gozan en la existencia, él que sentía tan viva é íntimamente el amor.

Después de haber admirado uno mismo á la mujer amada, se siente el deseo de que la admiren todos; gozó Rodolfo en esta ocasión á la vez de ambas satisfacciones. Hay en el amor todo un tesoro de recuerdos, y aunque el de Rodolfo era abundante, completo, pudo añadir aún las perlas más preciosas: sonrisas disimuladas que sólo se dibujaban en la boca para él; miradas furtivas; inflexiones de voz que Francesca modulaba para su amigo, y que exacerbaron los celos de la Tinti; tantos aplausos ganó. De este modo, la vehemencia de sus deseos, que especialmente distinguía al espíritu del joven, concentró sus impulsos poderosos en la bella romana, que constituyó para él inalterablemente el principio y el fin de todos sus pensamientos y de todos sus actos. Rodolfo amó como pueden desear las más exigentes que se las quiera, con tal fuerza, con tal constancia, con tal solicitud, que Francesca se convertía en substancia de su corazón, en esencia de su espíritu, sintiendo que se unía á su sangre, renovándola, á la manera de sangre más pura, y á su alma, como alma más perfecta: iba á respirar hasta en los más leves movimientos de su ser, como la arena dorada del Mediterráneo se mueve en



la ola. En suma, las aspiraciones de Rodolfo, aun las más insignificantes, abrieron ancho campo á la esperanza.

No tardó muchos días Francesca en descubrir lo inmenso de este cariño; pero era tan natural que lo sintiese el mozo y tan correspondido estaba, que no le admiró verlo tan pujante; era digna de inspirarlo.

—¿Qué hay de admirable—decía á Rodolfo, paseando con él por la terraza de su jardín y sorprendiendo uno de los gestos de fatuidad tan propios en los franceses cuando quieren ponderar sus sentimientos—ni qué maravilla hay en que adore usted á una dama joven y bella, artista hasta el punto de poderse ganar la vida como la Tinti, y que por sobras puede ofrecer ciertos halagos á la vanidad del hombre? ¿Quién, por ganso y torpe que sea, no se convertirá, si esto ocurre, en un Amadís? Pero no se trata de eso entre nosotros. Lo que á nosotros nos importa es que seamos constantes en nuestro cariño, sin desmayos y con ciertas reservas durante algunos años, sin otra recompensa, sin otro goce que el placer de verse y sentirse queridos á la par.

—¡Ay de mí!—contestó Rodolfo—¿no le parece que no hay mérito alguno en mi fidelidad, viéndome entregado á los ensueños ambiciosos que devoran el espíritu? ¡Imagina usted que puedo yo consentir que llegue día en que nuestra unión la ponga en el caso de cambiar el dorado nombre de princesa Gaudolphini por el de quien nada signifique entre los notables y poderosos del mundo? Quiero ser uno de los más ilustres de mi patria, quiero ser rico, grande, y quiero que pueda usted llevar mi nombre con tanto orgullo como lleva el nombre de Colonna.

—Cierto que no me gustaría ver su corazón huérfano de tan nobles ideas—contestó la dama dejando jugar una deliciosa sonrisa que iluminó su rostro;—pero le conjuro á usted para que no se entregue en cuerpo y alma al fuego de la ambición; conserve usted fuerte y pura su juventud... Dicen que la política envejece prematuramente al hombre.

Lo más extraordinario en la mujer es cierto buen humor que no altera jamás la ternura de su alma. La

confusión de un afecto profundo con el aturdimiento propio de la edad daba en aquel instante más embelleso á las gracias sugestivas de Francesca, ocultando la clave de su carácter; enternecíase con tanta facilidad como se echaba á reír; pasaba de la exaltación á la dulzura de ánimo, y de la vehemencia á la burla fina con tal soltura y con tan grande abandono, que la convirtieron, según era fama en Italia y fuera de ella, en el ser más encantador y delicioso del mundo. Sus atractivos femeniles aumentaban con los de una instrucción sólida que adquiriera merced á la existencia monótona y casi monástica que llevaba en el castillo de los Colonna. Era el cuarto vástago de los príncipes, quienes la tenían destinada al claustro; pero la muerte de sus dos hermanos y de su hermana mayor, la arrancó violentamente de su retiro para convertirla en uno de los partidos más envidiables de los Estados pontificios. La primogénita estaba prometida al príncipe Gaudolphini, uno de los propietarios más ricos de Sicilia, y Francesca la reemplazó para que no sufriesen menoscabo los intereses de familia. Los Colonna y los Gaudolphini venían perpetuando esta clase de alianzas. Dirigida por un *monseñor* de la casa, leyó Francesca desde los nueve años á los diez y seis toda la biblioteca de los Colonna para que se emplease su imaginación en el estudio de las ciencias, las artes y la literatura. Ocurrió que el estudio fortaleció en su alma aquel gusto que la hizo amar la independencia y las opiniones liberales, hasta el punto de llevarla, junto con su marido, á la Revolución. Rodolfo no sabía aún que, además de cinco lenguas vivas, dominaba Francesca el griego, el latín y el hebreo. La encantadora criatura había comprendido admirablemente que una de las primeras condiciones que debe reunir el talento de la mujer es la de ser reservada hasta el exceso.

Rodolfo pasó todo el invierno en Ginebra. La estación no le pareció á él más larga que un día, y cuando llegó la primavera, á pesar de los exquisitos goces que proporciona al espíritu el trato de una dama de talento, instruída, joven y jovial, aquel enamorado padeció crueles tormentos que, aunque sobrellevados



á veces con resignación, descubriáanse en la faz, en los modales, en las palabras, acaso porque no creía que la persona amada compartiese sus tristezas y amarguras. Irritábase en más de una ocasión admirando la tranquilidad de Francesca, quien, pareciéndose en esto á los ingleses, diríase que fundaba su orgullo en no dejar traslucir cosa alguna en el rostro, cuya dulzura serena desafiaba al mismo amor, burlándose de sus ímpetus y arrebatos; hubiera querido él verla agitada, intranquila, y la acusaba de insensible, arrastrado por el prejuicio vulgar de que las italianas son exageradamente febriles.

—¡Soy romana!—le respondió un día con grave seriedad Francesca, recogiendo las chanzas de mal gusto dichas por Rodolfo.

Y fué tan profundo el acento con que lo dijo, que, prestando á las palabras el sabor de una ironía salvaje, hizo temblar á Rodolfo. Desplegaba el mes de mayo las bellezas de sus lozanías y sus verdores, y había momentos en que abrasaba el sol como en lo más fuerte del estío. Hallábanse los dos amantes apoyados en la balaustrada de piedra que corona el tramo de escalera por donde se desciende á una especie de embarcadero, y que corresponde á la parte de la terraza cuyo murado se halla cortado á pico sobre el lago. De la ciudad próxima, y destacándose de otro embarcadero parecido, vióse correr por las aguas como un cisne una canoa con sus velas y sus gallardetes, con su tienda de dosel carmesí, á cuya sombra y reclinada negligentemente sobre almohadones rojos, luciendo en el pelo guirnaldas de flores, veíase una mujer encantadora; acompañábale un joven vestido de marinero, que remaba con tanto más ardor cuanto que sentía el fuego de las miradas de aquella beldad.

—Son felices—murmuró Rodolfo con expresión ruda.—Clara de Borgoña, el último retoño de la única casa que ha podido rivalizar con la casa de Francia...

—¡Oh! procede de una rama bastarda, y eso es aun para las mujeres...

—¡Qué importa! Es vizcondesa de Beauseant y no ha...

—Vacilado... ¿no es eso? no ha vacilado en desaparecer con el señor Gastón de Nueil—concluyó la hija de los Colonna.—No es más que francesa, y yo soy italiana, mi querido caballero.

Apartóse Francesca de la balaustrada, huyendo de Rodolfo, y fué hasta el extremo de la galería desde donde se descubre una extensión inmensa de lago. Viéndola adelantar lentamente, el mozo temió haber lacerado aquella alma tan cándida y á la vez tan inteligente, tan orgullosa y tan humilde. Sufrió no sé qué sensación de frío; siguió á Francesca quien le hizo signo de que la dejase sola; pero no hizo caso de la advertencia y la sorprendió enjugándose las lágrimas. ¿Cómo era posible que llorase un ser tan fuerte y animoso?

—Francesca—preguntó él apoderándose de una de sus manos,—no quiero que sufra tu corazón.

Nada repuso la joven; retiró la mano en que sostenía un pañuelo bordado y se enjugó de nuevo los ojos húmedos.

—Perdóname—continuó Rodolfo. Y dejándose llevar de un rasgo de ardorosa pasión, quiso enjugarle las lágrimas con sus besos.

No advirtió al pronto Francesca este impulso vehementemente, tan conmovida se hallaba; y creyendo que la pasividad de la dama equivalía á un consentimiento mudo, se enardeció: apoderóse del talle de Francesca, la estrechó sobre su corazón y le robó un ósculo; pero ella se desprendió de sus brazos con soberano empuje y haciendo una mueca de pudor ofendido, y poniéndose á dos pasos, y mirándole sin enojo, díjole resueltamente:

—Márchese usted de aquí esta noche; ya no nos veremos hasta que estemos en Nápoles.

Aunque la orden era dura, fué cumplida caballerosamente, puesto que Francesca lo exigía.

De regreso á París, encontró Rodolfo en su casa el retrato de la princesa Gaudolphini, hecho por Schinner, como Schinner sabe pintar los retratos. Este artista pasó por Ginebra en su viaje á Italia. Como se había negado obstinadamente á hacer los retratos de varias damas, no imaginaba Rodolfo que el



príncipe, deseoso de alcanzar el de su esposa, hubiera podido vencer la terquedad del célebre pintor; pero habíalo conseguido, sin duda, Francesca, y, lo que es más prodigioso, decidiéndole á que le hiciera el original y una copia, el primero para Rodolfo y la segunda para Emilio. Esto se lo explicaba en una carta deliciosísima en cuyas páginas el pensamiento se vengaba de las trabas impuestas por el respeto á los convencionalismos. El enamorado contestó; y así empezó una correspondencia interminable, única confianza que gozaron Rodolfo y Francesca.

Sintiendo Rodolfo una noble ambición que justificaba su enamoramiento, puso en seguida manos á la obra. Al principio tentó la fortuna buscando riquezas, y se aventuró en un negocio al servicio del cual puso todos sus recursos y todas sus energías; pero tuvo que luchar con la inexperiencia de la juventud, contra la doblez y el engaño, y quedó vencido. Malgastáronse tres años en una empresa vastísima; tres años de esfuerzos sin límites y de bríos.

El ministerio Villele fracasó cuando se arruinaba Rodolfo. Entonces, el intrépido amante buscó en la política el norte que le había negado la industria; pero antes de entregarse á las luchas terribles de esta carrera, fué, herido y triste, á curarse de sus llagas y á recobrar ánimos á Nápoles, donde el príncipe y la princesa Gaudolphini fueron reintegrados en sus bienes al advenimiento del rey. El reposo en pleno combate por la existencia, fué para él de una dulzura apacible y gozosa y pasó tres meses en la villa Gaudolphini arrullado por la esperanza.

Rodolfo volvió con más alientos á levantar el edificio de su fortuna. Y ya se había hecho notable por su talento, y ya iba á ver logrados todos sus anhelos de ambición y gloria, pues se le colocaba en lugar distinguido, como recompensa á su abnegación y á los servicios prestados, cuando estalló la tempestuosa jornada de julio de 1830, y su barca zozobró de nuevo.

Dios y ella son los únicos testigos de los esfuerzos valerosos, de las tentativas más audaces que un joven, dotado de cualidades para la lucha, ha puesto en práctica sin conseguir hasta ahora que acudiese

en su auxilio la diosa de los necios, ¡la felicidad! Y este infatigable atleta, sostenido por el amor, vuelve á cada paso, y sin desmayar, al puesto de combate, sintiéndose iluminado, en la noche de su existencia, por el brillo de una mirada siempre amiga, por un corazón fidelísimo. ¡Enamorados, rogado por él!

La señorita de Watteville tenía, al concluir este relato, las mejillas abrasadas, y encendidas en fiebre las venas; lloraba, pero lloraba de rabia. La narración, inspirada por la escuela literaria en boga á la sazón, era la primera lectura de este género que pudo devorar Rosalía. En sus páginas palpitaba el amor, si no pintado de mano maestra, cuando menos por quien diríase que trasladaba al papel sus propias emociones; de manera que, aunque la verdad estudiese vestida burdamente, debía herir á un alma que aun era virgen. Esto explicaba el secreto de la crisis tremenda, de la agitación, de la calentura y del llanto que derramó la joven: sentía celos de Francesca Colonna. No dudaba de la sinceridad que inspiraba aquel poema; Alberto había gozado en contar los preliminares de su pasión, ocultando, indudablemente, los nombres, y acaso también los lugares. ¡Qué mujer no habría deseado, como lo deseaba ella, saber el verdadero nombre de su rival, puesto que se sentía enamorada! Leyendo todas aquellas frases contagiosas para ella, había pronunciado esta palabra solemne: «¡Amo!» Amaba á Alberto, y sentía en el corazón un traidor deseo de disputarlo, de arrancarlo á la rival oculta. Pensó también con tristeza en que ella era ignorante en música y en que nada tenía de hermosa.

—¡No me amaré nunca!—murmuró.

Esta idea redobló su deseo de saber si no se engañaba, si realmente amaba Alberto á una princesa italiana y era correspondido. El espíritu de rápida decisión que distinguía al famoso Watteville apoderóse aquella noche fatal de su heredera, dominándola en



absoluto. Concibió los proyectos más raros y extravagantes en torno de los cuales giran casi todas las imaginaciones de las doncellas, cuando en la soledad, á que las madres imprudentes las abandonan, se ven excitadas por un suceso importante, que el sistema estrecho en que se las educa no ha podido prever ni impedir. Se le ocurrió bajar, aprovechándose de una escala, por el kiosko hasta el jardín de la casa en que vivía Alberto, y valerse del sueño del abogado para examinar á través de la ventana el interior de su cuarto. Pensó en escribirle, pensó en romper los lazos de la sociedad de Besançon, introduciendo á Alberto en el salón del hotel Rupt. Esta empresa, que hubiera parecido la obra maestra de lo imposible al mismo abate de Graucey, dió origen á un arriesgado pensamiento.

—¡Ah! — imaginó. — Mi padre tiene que sostener pleitos en lo que se relaciona con sus tierras de Rouxe: iré á hacer una visita, y si no hay pleitos, haré que los haya, para que concurra *él* á nuestros salones.

Y saltó del lecho para ir á ver desde su ventana la luz prestigiosa que iluminaba las noches de Alberto.

Daba la una. Dormía el abogado aun.

—Le veré cuando se levante, pues es posible que se asome al jardín.

En aquel instante presenció la señorita de Watteville una escena que debía poner en sus manos el hilo para descubrir los secretos de Savaron. A la luz de la luna, divisó dos brazos tendidos fuera del kiosko, y que ayudaron á Jeromo, criado de Alberto, á franquear la cima de la tapia y á entrar en el pabellón. Rosalía reconoció en el cómplice de Jeromo á Marieta, la doncella.

—¡Marieta y Jeromo! — murmuró. — ¡Marieta, una muchacha tan fea! Deben avergonzarse uno de otro.

Si era verdad que Marieta parecía horriblemente fea y rayaba en los treinta y seis años de edad, no lo era menos que había heredado algunas hanegadas de tierra. Llevaba diez y siete años al servicio de la señora de Watteville, quien la estimaba mucho por su devoción, por su probidad y por su constancia en

la casa, y, sin duda, había economizado durante ese tiempo, colocando en algún sitio sus gajes y sus ganancias. Ahora bien, á razón de diez luisés por año, aproximadamente, debía poseer, contando los intereses de los intereses y sus herencias, cerca de diez mil francos. A los ojos de Jeromo, diez mil francos cambiaban de arriba abajo las leyes de la óptica; veía en Marieta un talle muy lindo y no descubría las manchas y los costurones que un horroroso ataque de viruelas había marcado en aquel rostro vulgar y enjuto; para él, la boca torcida estaba derecha; y en cuanto entró al servicio de Savaron y se vió cerca del hotel Rupt, puso sitio en regla á la devota sirvienta, tan seca y tan mogigata como su señora, y quien, como ocurre con todas las solteronas feas, se mostraba más exigente que las damas más lindas. Si con esto la escena nocturna del kiosko queda bien explicada para los perspicaces, no así para Rosalía, que adquirió la más peligrosa de las enseñanzas: la que da el mal ejemplo. Una madre educa en el temor y la rigidez á su hija, la cobija con sus alas durante diez y siete años, y basta una hora para que la criada destruya aquella obra penosa y larga, con una frase algunas veces, y á menudo con un solo gesto. Rosalía se metió nuevamente en el lecho, no sin meditar acerca del partido que podría sacar de este descubrimiento. Al otro día por la mañana, yendo á misa acompañada de Marieta (estaba indispueta la baronesa), Rosalía cogió del brazo á su doncella, cosa que sorprendió extraordinariamente á la hija del condado.

—Dime, Marieta, ¿inspira confianza Jeromo á su señor? — le dijo.

—No lo sé, señorita.

—No te hagas la tonta — añadió secamente la señorita de Watteville. — Has consentido que te abrazara él esta noche en el kiosko. Ahora no me admira que aplaudieses con tanto ahinco á mi madre por las reformas que proyectaba.

Rosalía sintió el temblor que sufrió Marieta por el movimiento de su brazo.

—No quiero hacerte ningún daño, tranquilízate; no